

The New York Times ES

## LA BESTIA QUE HABITA EN MÍ

Por MAXIM LOSKUTOFF  
20 de agosto de 2018



CRÉDITO: Ward Zwart

MISSOULA, Montana — El verano de 2012, el mismo año en que los científicos decodificaron por completo el genoma del bonobo, el último gran simio, mi pareja y yo fuimos acechados por una osa grizzly. Primero la vimos muy arriba de nosotros, en un campo de arbustos de arándanos, mientras hacíamos senderismo por el lago Grinnell, ubicado en el lado este del Parque Nacional Glacier en Montana. Era la distancia perfecta para ver un grizzly: tan cerca como para percibir el poder vibrante de su andar y el pelaje de su lomo en ligeros tonos dorados, y tan lejos como para sentirnos seguros. La observamos durante varios minutos,

comentamos acerca de su belleza y después seguimos camino hacia un conjunto de pinos retorcidos, con troncos tan altos que nos bloqueaban la vista. Cuando salimos, la osa se había desplazado hacia abajo hasta situarse en nuestro camino y en ese momento se encontraba a unos 100 metros de distancia. Un campo de fútbol americano. Una carrera veloz. Varias cosas me pasaron por la cabeza en un solo instante: me di cuenta de que la osa nos seguía, de que nos quería comer y de que yo era un animal.

Fue una epifanía extraña. En la actualidad, ser humano es negar nuestra naturaleza animal, aunque siempre esté ahí, como la Tierra que sigue redonda debajo de nuestros pies, aunque se sienta plana. Siempre había

# Partido Animalista

— Costa Rica —



sido un animal, y siempre iba a serlo, pero hasta que no fui una presa, con mi pelaje de punta y tomando ciertas decisiones básicas en milisegundos (en una parte de mi mente que suele tomarse diez minutos para escoger una pasta de dientes en el supermercado), no me había golpeado esta realidad en carne y hueso. Yo era más pequeño y más lento que la osa. Mis garras no eran competencia para las de ella. Y casi cualquier parte de mi cuerpo era comestible.

Mi pareja volteó a verme. Yo volteé a verla a ella. Nos dimos la vuelta y corrimos a toda velocidad hacia los árboles por el camino de donde veníamos.

En el golpeteo de nuestras pisadas, bajo del pánico desbocado, recuerdo una clara sensación de placer. No en un sentido suicida (tenía demasiado miedo como para mirar hacia atrás, y por supuesto que no quería sentir las quijadas de la osa en el cuello), sino a manera de perspectiva. Era un sentimiento más cercano al alivio. Todas las otras cosas que me habían inquietado ese día quedaron de lado: si me había puesto suficiente filtro solar, si mi pareja en verdad me amaba. Solo tenía una preocupación: que pudiéramos escapar sin ser devorados.

La misma civilización es un intento de protección en contra de ese sentimiento. Desde sus primeras iteraciones, como encender el fuego y morar en cuevas, hasta su cenit actual en la construcción de megalópolis, así como la documentación detallada de cada nacimiento y la revelación metódica de cada hebra en cada hélice genética, la civilización es un mecanismo para alejarnos de las presas que fuimos alguna vez. Construimos muros, tanto físicos como informativos, para alejar a los osos.

No obstante, incluso en la parte más elevada de la torre más alta de la universidad más prestigiosa, seguimos siendo animales, controlados por las mismas necesidades y emociones básicas que motivan a las criaturas vivientes, desde los bonobos hasta las ratas. He visto destellos de nuestra naturaleza animal en los lugares más atípicos: profesores brillantes reducidos a gruñidos iracundos y obesos recludos que atrapan con una gracia repentina e instintiva un objeto que cae.

# Partido Animalista

— Costa Rica —



Íbamos recién a medio camino dentro del conjunto de pinos cuando un guardabosques nos encontró: venía corriendo a toda velocidad desde la dirección opuesta con el arma más grande que había visto en mi vida. Nos dijo que nos pusiéramos detrás de él. El sudor le brillaba en el cuello. Nos asomamos por encima de sus hombros (y de su arma) para ver a la osa, que se detuvo por un momento en el límite donde empezaban los árboles. *“Tiene casi doce”*, comentó, mientras recobraba el aliento, al tiempo que retrocedíamos por el camino. *“A esa edad se les dificulta más encontrar comida. Se ha estado comportando de una manera cada vez más agresiva”*. Casi no me di cuenta de que parecía tener un conocimiento íntimo de esa osa en particular (después me enteré de que los guardabosques monitorean a muchos de los osos grizzly del parque), y más bien me llegó la extraña imagen de mi propia abuela en sus últimos días: cazaba con un desenfreno desesperado y sangriento, en vez de estar viviendo en el cuarto de visitas de nuestra casa. Por supuesto que hay aspectos de nuestra vida en sociedad que nos vinculan solo con unas cuantas especies —el cuidado de los ancianos, la domesticación del ganado, el cultivo de cosechas—, y hay otros aspectos, como la palabra escrita, que no nos unen con ninguna de las que se hayan descubierto hasta ahora, pero solo en nuestras mentes hemos superado en verdad a nuestros hermanos animales. En las sociedades de bonobos se han documentado los mejores y los peores aspectos de la humanidad: desde un complejo lenguaje de expresiones faciales, la ayuda a los discapacitados y la adopción de huérfanos, hasta la búsqueda manipuladora y violenta del poder. En las famosas palabras del antropólogo Clifford Geertz: *“El hombre es un animal suspendido en redes de significado que él mismo ha tejido”*.

La mayoría de los días permanezco enredado en esta red, maldiciendo mi móvil mientras circulo por la Tierra montado en 2000 kilos de acero. Sin embargo, hay algo de la experiencia con la osa que sigue dentro de mí, un regalo de ese momento de terror puro. Es la comprensión de mi naturaleza animal, esa criatura instintiva, atemorizada y perceptiva que habita debajo de mi ropa. Una experiencia que me dejó la sensación tranquilizadora de que soy parte del mundo natural, en vez de estar separado de él, como nos sentimos tan a menudo. Mi humanidad, una célula en la gran máquina viviente que se extiende desde la luz solar a las hojas, los tallos de las raíces, los insectos, las aves, los osos.

# Partido Animalista

— Costa Rica —



Todos nosotros frágiles, todos nosotros fugaces, todos nosotros presas.

## Maxim Loskutoff

A graduate of New York University's MFA program, Maxim Loskutoff has been honored with the Nelson Algren Literary Award, a Global Writing Fellowship in Abu Dhabi, and the M Literary Fellowship in Bangalore. He lives in western Montana.



Maxim Loskutoff

Maxim Loskutoff is the author of the collection of stories *Come West and See*, a collection of stories that take place in the American West.

## Maxim Loskutoff

Graduado del programa MFA de la Universidad de Nueva York, Maxim Loskutoff ha sido galardonado con el Premio Literario Nelson Algren, una Beca Global de Escritura en Abu Dhabi, y la Beca Literaria M en Bangalore. Él vive en Montana Oeste.

Maxim Loskutoff es el autor de la colección de cuentos *Come West and See*, una colección de cuentos que se desarrollan en el oeste estadounidense.

TOMADO DE:

[https://www.nytimes.com/es/2018/08/20/opinion-animal-instinto/?emc=edit\\_bn\\_20180830&nl=boletin&nid=7492686620180830&te=1](https://www.nytimes.com/es/2018/08/20/opinion-animal-instinto/?emc=edit_bn_20180830&nl=boletin&nid=7492686620180830&te=1)